

que sufrir la nieve y otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que llevadas por el viento, los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No habia obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

IV.

Reunion de Belalcazar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querrela.—Preparativos de Almagro para su expedicion á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frio excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelion de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.

LA aproximacion de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcazar, á quien Pizarro se habia incorporado con su pequeño ejér-

cito. ¿Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos jefes reunidos enviaron siete ginetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisioneros á la presencia de su general. Hízoles este muchas preguntas acerca de la situacion y la fuerza del ejército, y despues de haberlos tratado con el mayor miramiento, los despachó á Quito sin darles recado ninguno para Belalcazar y Almagro: semejante conducta les inspiró desconfianza y se prepararon á combatir.

En esta circunstancia, el infame Felipillo, aquel intérprete que tan odioso papel representó en la historia de la conquista del Perú, se hizo culpable de otra traicion de que esperaba grandes ventajas. Salió clandestinamente de Lima y presentándose á Alvarado, le ofreció que no solo le entregaria á Almagro, sino que le haria dueño de toda la provincia de Quito. Alvarado rechazó con desprecio esta proposicion.

Entre tanto los dos ejércitos avanzaban, y cuando llegaron uno enfrente de otro, se detuvieron esperando cada partido que el otro diese la señal del combate, ó fuese el primero á proponer una reconciliacion. Por ambas partes el punto de honra de los jefes hacia imposible la iniciativa, y sin duda la sangre hubiera corrido, si un hombre prudente y animado de un sincero patriotismo, no hubiese servido de mediador entre los dos ejércitos prontos á degollarse y no hubiese determinado á los jefes

á convenir en una tregua de veinticuatro horas para arreglar las condiciones de la paz. Gracias á este mediador, cuyo nombre no merecia el ingrato olvido de la historia, los jefes lograron entenderse y firmaron recíproco convenio. Belalcazar y Almagro se obligaron á pagar á Alvarado cien mil piastras para indemnizarle de los gastos de su expedicion, y por su parte, el antiguo teniente de Cortés, prometió, que mediante esta indemnizacion se volveria á su gobierno de Guatemala, renunciando á todos sus proyectos contra el Perú; demasiado generoso con el traidor Felipillo, pidió y obtuvo su perdon.

Casi por este tiempo fué cuando murió Titu-Atahualpa, aquel hermano de Atahualpa que debia sucederle en el trono, y transmitió todos sus derechos á su hermano llamado Manco. Este resolvió ir al Cuzco á solicitar la proteccion de Apu (tal era el título que los peruanos daban en su lenguaje al gobernador Pizarro). Los amigos del jóven príncipe quisieron en vano distraerle de este propósito, induciéndole á que sostuviese sus derechos con la fuerza de las armas: en vano trataron de asustarle, recordándole la conducta que habian usado los españoles con su hermano Atahualpa, que al fin habia sido víctima. Manco se presentó en el Cuzco, y no quedó arrepentido de su confianza. Pizarro recibió al Inca con todos los honores debidos á su rango y nacimiento, y entregándole la banda roja, señal distintiva de la soberanía, le reconoció por legítimo emperador del Perú.

Entre tanto Alvarado no queria volverse á Méjico antes de haber visto á Pizarro. Marchando á Quito los tres jefes reunidos, fueron atacados repetidas veces por Quizquiz, perdiendo en estos encuentros hasta catorce soldados muertos y cincuenta heridos; pero sin dejar de perseguir al general indio hasta la ciudad en que se habia refugiado con los restos de su ejército. La situacion de Quizquiz era desesperada y algunos de sus oficiales le aconsejaban que pidiese la paz; pero él estaba tan enfurecido contra los españoles, que amenazó con la muerte al primero que volviese á darle semejante consejo: otros le proponian el dar la batalla á los enemigos; pero Quizquiz no se atrevió á tomar tan enérgica resolucion: entonces uno de sus capitanes, indignado de tanta cobardía, le mató de una lanzada. Su muerte fué la señal de la dispersion de las tropas peruanas, y los españoles entraron en la ciudad sin hallar resistencia.

Cuando Pizarro supo la llegada de Alvarado y el convenio celebrado con él, salió al encuentro de un rival que pudiera ser muy temible, si llegaba á ver el rico botin recogido en el Cuzco. Cuando se avistaron le recordó su promesa de volver á Guatemala, y para obligarle á que se volviese cuanto antes, añadió á las cien mil piastras que Belalcazar y Almagro se habian comprometido á darle, un regalo de igual valor, acompañado de muchos vasos magníficos y pedrerías. Alvarado satisfecho, partió para volverse á Guatemala y dejó á Pizarro ca-

si todos los soldados que le habian acompañado en su espedicion.

Libre ya de un concurrente cuyos talentos temia, trató Pizarro de llevar á cabo el proyecto, que hacia tiempo tenia formado, de edificar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la capital de su gobierno. Al tiempo de dirigirse hácia la costa, envió al Cuzco á su asociado Almagro, recomendándole que tratase con la mayor dulzura al Inca y á todos los peruanos que habia dejado en aquella ciudad. Este cambio de conducta era debido á la sagaz política del jefe español.

El paraje que Pizarro escogió para echar los cimientos de la nueva ciudad, era un valle agradable y fértil, no lejos de la orilla del mar y á la embocadura de un rio, llamado primero Kimac y despues Lima, á los trece grados de latitud Sud. Puso la primera piedra de esta ciudad el dia de Reyes, y por esta coincidencia la llamó ciudad de los Reyes; aunque hoy solo es conocida con el nombre de Lima. Los trabajos se continuaron con tal actividad, que la poblacion parecia salir de la tierra á la voz de Pizarro. Hizo edificar un palacio magnífico que debia servir para residencia del gobernador, y á ejemplo suyo, todos sus capitanes se apresuraron á construir, á sus espensas y segun su caudal, un gran número de casas.

En este intervalo, Hernando Pizarro partió con la enorme cantidad de oro y de plata que formaba la parte del emperador; estas inmensas riquezas des-

lumbraron los ojos del monarca, y la nacion participó de su sorpresa y su regocijo. En todas partes se prodigaron los agasajos y las demostraciones de la mas alta estimacion al hermano del conquistador del Perú, y fué admitido caballero de la órden de Santiago. Su hermano Francisco y Almagro no quedaron olvidados en la distribucion de las recompensas y favores, y se les concedió el título de marqués.

No solo el emperador confirmó á Pizarro en su empleo y funciones de gobernador, sino que aumentó los límites de su gobierno, con setenta leguas marinas á lo largo de las costas del Sud. En la patente de gobernador que le fué estendida, se daba á estas vastas comarcas el nombre de Nueva Castilla. Almagro además del título de adelantado que Pizarro le habia prometido, obtuvo un gobierno independiente, que confinaba con el de Pizarro y tenia mas de doscientas leguas de estension al Sud. El país de que se nombraba á Almagro gobernador, á pesar de que los españoles todavía no habian penetrado en él, era Chile, que en el nombramiento del emperador se designaba con el nombre de la Nueva Toledo.

La noticia de estos diversos nombramientos llegó al Perú antes que volviese Hernando Pizarro, y suscitó al instante vivas disputas entre Pizarro y Almagro. Este pretendia que Cuzco, residencia de los Incas, se hallaba comprendido en el gobierno que le concedia la corte de España, y esta ab-

surda pretension no podia ser admitida por Pizarro. Mediaron entre los dos jefes amargas reconvenções, palabras irritantes, y estuvo en poco que los españoles diesen á los peruanos el espectáculo de una guerra civil.

Al fin Almagro aventuró algunas proposiciones amistosas á las que Pizarro con su natural franqueza correspondió con disposiciones pacíficas. Pizarro prometia ceder á su antagonista una parte del Perú, si el país que Almagro iba á conquistar no era tan estenso y tan rico como se esperaba: éste que tenia derecho á dudar de la buena fe y lealtad de su asociado, no titubeó sin embargo en aceptar su proposicion, y una ceremonia religiosa concurrió tambien como en la época de su primera asociacion, á consagrar el nuevo tratado conciuído por aquellas dos ambiciosos rivales.

Almagro satisfecho, no se ocupaba mas que de los preparativos de sus espedicion á Chile. Reunió un ejército de cerca de seiscientos europeos y un cuerpo auxiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Habia dos caminos para ir desde Cuzco á Chile: el uno atravesaba por unas llanuras que se estendian á lo largo de las costas del mar, y si se tomaba el otro camino, mucho mas corto, pero solo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas, escarpadas y por lo regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frio excesivo. Los peruanos inducian á los españoles á que siguiesen el camino mas largo porque era el

mas seguro y el mas fácil; pero la altivez castellana despreciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querian probar á los peruanos que no habia obstáculo capaz de intimidarles y que nada se resistia á sus esfuerzos.

Pero cuando se internaron en aquel horrible país, bien pronto se arrepintieron de su temeraria audacia: el frio era tan horroroso, que para no quedarse helados tenian que estar en continuo movimiento. ¡Desgraciado del que se paraba para disfrutar un momento de reposo y quedaba rendido de sueño; no se despertaba jamás! El hambre que les obligó á matar sus caballos, vino tambien á aumentar sus apuros, y en medio de tan angustiosa situacion todavía tenian que rechazar los ataques de los salvajes, que excelentes flecheros, dejaban tendidos muchos españoles y peruanos.

El ejército de Almagro iba debilitándose y disminuyendo de dia en dia. Muchos españoles, y peruanos todavía mas, se quedaron helados de pié derecho, asaltados y heridos de muerte por el frio. La inmóvil rigidez de sus cadáveres, arrimados á un árbol ó una peña, y conservando la misma postura en que se hallaban al exhalar el último suspiro, les hacia parecer unas estatuas. Si se ha de creer á algunos historiadores, cuando cinco meses despues, este ejército pasó por el mismo camino volviendo del Perú, se encontraron muchos de estos hombres helados en la misma actitud, y teniendo asidas con la mano las bridas de los caballos tan

helados como ellos; los españoles hambrientos comian con ansia la carne de aquellos animales, tan fresca como si los acabaran de matar.

Al fin el ejército, diezmado con tantas plagas conjuradas contra él, llegó á las hermosas llanuras de Chile. Los españoles quedaron gustosamente sorprendidos con el risucño aspecto, la temperatura deliciosa y la fertilidad extraordinaria de la parte menos elevada, que se estiende á lo largo de las costas del mar, de Este á Sud. La situacion de este país tan inmediato al Ecuador pudiera hacer creer que experimentan en él grandes calores; pero debe la suave temperatura de la primavera á la cercanía de las altas Cordilleras ó Andes y Océano del Sud. El terreno es favorable al cultivo de todas las plantas aun las de Europa. Los caballos y el ganado vacuno que se han llevado, sobrepujan en alzada y en robustez á las mejores castas de España, de donde proviene. En fin, este dichoso clima reúne todas las ventajas de la provincia de Quito sin tener sus inconvenientes, porque no hay que temer los huracanes y los temblores de tierra como en esta provincia.

Antiguamente el comercio considerable que se hacia entre el Perú y el Chile, se verificaba por mar desde Lima á Santiago, porque estas dos ciudades se hallan á la orrilla de dos rios y á poca distancia del sitio en que desembocan en el Océano Pacífico ó mar del Sud. Se han edificado á la embocadura de estos dos rios dos pequeñas ciudades: una llamada